

LAS ESTACIONES LENTAS

Basilio Sánchez

Lo primero que hacen es poner con mimo
los bocadillos en los radiadores, de canto;
después, bajo la frialdad de los fluorescentes,
bostezan, abren los cuadernos, los libros,
disimulan un rato —algunos fingen bien—
hasta que suena el timbre y se abalanzan
hacia el patio, se empujan, chillan,
tiran el papel albal de los bocatas
hecho bolas, se empujan, gritan —algunos
ceden, se achantan—. Hoy ha pasado por la calle
el hombre con el carro, pantalones
remendados, cigarro en la boca. Sentado
en el estribo como una mujer, arreaba
el burro, que llevaba una alforja de esparto.
Me pregunto de dónde saldrá, tan tardo y pobre y retrasado.
Cada vez que aparece, con grande algarabía e irrisión
se pegan a la valla para mofarse, se burlan
del hombrecillo desdentado. Lo graban con el móvil,
exhiben corrector dental, lo insultan. Cosa
de críos, dice un compañero, los chavales ya
se sabe. Entonces pienso: la suciedad
de la mañana, risas de chimpancé. Y el burro
se para porque sí, menea el rabo. Caga.
El carro sólo lleva alambres sueltas,
oxidadas, las ruedas son de goma.

Entre el todo y la nada
nos destruye
el poema: mi casa
son sus ruinas.





DOS POEMAS INÉDITOS

Fermín Herrero

Cada uno de nosotros lleva consigo a alguien.
 El que viene conmigo es el que, a veces,
 se detiene cegado
 bajo la luz de las farolas,
 el que el amanecer
 sorprenderá dormido en un banco del parque.
 El ángel de las alas convertidas en manos,
 el que deshace ahora
 las concreciones amarillas de la mañana
 de la misma manera que se funden
 las tardes de la infancia en los rescoldos
 de nuestros pensamientos.
 En la casa de arena en la que vivo
 como si fuera el mundo, el que me ofrece
 el agua de los pozos cuando vuelvo cansado de las dunas
 por las escaleras de la buhardilla;
 el mismo de los días que se espesan
 frente a los arrabales de la noche,
 alrededor del humo de los embarcaderos.

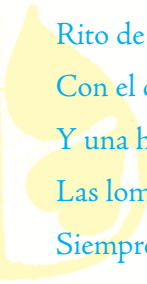
Como pasan las nubes
 sobre la superficie de las cosas
 sin llegar a tocarlas,
 el doble silencioso que conduce
 los rebaños de Dios en las provincias
 situadas más allá de la nieve;
 el otro necesario que levanta una hoguera
 sobre la madera de los espinos
 y sobre la corteza de las empalizadas;
 el sigiloso hombre de los pájaros
 tristes de los garajes.
 El que lleva las gotas de rocío hasta la herrumbre
 de la flor de la verja
 de tu jardín cerrado, el niño que me habla
 de tus noches tranquilas
 y de tus mañanas tumultuosas.
 El que late debajo de la lluvia
 como un cárabo gris
 en el primer invierno de mi decrepitud.
 El que luego me llama por mi nombre
 en la antesala oscura
 del día de los muertos.



PROTEGER LAS MORADAS


José Luis Puerto

Rito



Rito de la pobreza.
 Con el candil sacaban,
 Y una horquilla del pelo, las mujeres
 Las lombrices nerviosas a los niños
 Siempre al oscurecer
 Para que por la noche
 Ese picor de la necesidad
 No perturbara el sueño.
 Animales delgados y tan blancos
 Y a la vez diminutos
 Inquietos habitaban en el vientre
 Pobre de aquellos días,
 En aquel despertar de cordilleras.
 Ven, Georges de la Tour,
 Ilumina ese tiempo con la llama
 Tan cálida y hermosa de tus cuadros,
 A ver si había allí alguna belleza
 O sólo el resplandor del candil pobre
 Que no podía nunca
 derrotar tanta sombra.

Cal



Hay una sucesión de primaveras
 Vivas en la memoria todavía:
 El rito de la cal
 Las atraviesa todas.
 Y el brazo de la madre
 Blanqueando la casa
 Sigue siendo la fuerza
 Que otorga luz al mundo,
 Blancura al corazón,
 Vida a lo más hermoso que fue nuestro,
 Frente a todas las pérdidas
 Y a las devastaciones
 Que después han venido,
 Que después han venido.





Campo de almendros

Es el blanco, es la luz
 Lo que esta tarde triunfa sobre el tiempo.
 Es la iglesia de Melque,
 Resurrección de ruinas
 Y este campo de almendros
 Que resurge ahora en marzo
 A la orilla callada de estos montes.
 Somos también nosotros.
 Acaso nuestras ramas
 Debieran florecer
 Al contemplar la luz de estos almendros,
 Las semillas erguidas de estos muros,
 La protección del cielo a cuanto existe.
 Es el campo de almendros.
 Es la iglesia en los montes.
 Somos también nosotros



Stipo Pranyco

En la textura blanca del papel
 Dejo huellas abiertas al silencio
 Del espacio
 Y trazo un laberinto bajo tierra
 Para buscar el centro que persigo.
 Me acompaña la luz desde lo alto,
 Invitada por siempre a mi taller,
 Todo es blancura en él, recogimiento
 Y esa escalera roja
 Que arranca desde lo hondo
 Me guía paso a paso
 Orientando mi búsqueda
 Hasta perder sus últimos
 Peldaños desprendidos
 Hacia el confín del cielo

